

La banda de música de mi abuelo

Mariluz Núñez Rodríguez

Para lo que quieran saber sobre la Banda de Música de Tarifa de los años 30, ahí os dejo un escrito que hace el componente de las mismas Alberto Díaz Quiles, allá por los años 80, a mi abuelo Sebastián Núñez Puyol, también componente de la Banda.

La banda musical del maestro Acuña

Una Banda de Música, en Tarifa, fue inaugurada el año veintinueve, (allá a finales de la Dictadura), y a más de treinta les dio su investidura, prestando al pueblo tal goce que conmueve.

Organizada por el Maestro Acuña, que descubrió virtudes ignoradas, y en democracia y afición constantes, con señores, señoritos y “currantes”, creó esta Banda que es gloria ya pasada.

Se destacaban todos, con maestría, propia de profesores consumados; la caña dulce, el metal grandioso, acompañados de un bombo poderoso, una caja y dos platillos bien timbrados.

El señor Rojas, robusto y majestoso, a un bajo de pistones dominaba, armonizando con graves pavorosos, las melodías que otros portentosos, medidos a su ritmo ejecutaban.

Otro bajo tocaba Castro Asensio, Con una afinación impresionante; daba golpes de marca con soltura, y tras sus labios, su fuerte dentadura, de tanto viento vibraba a cada instante.

Lorenzo “el Zulipá” era un artista, tocando el bombardino, dominante, y en duros contrapuntos se lucía, con una agilidad que estremecía, a los curiosos y siduos escuchantes.

Era Pilares el otro bombardino, que en su afición sincera destacaba, y este hombre, bien alto y bien erguido, a su instrumento, en amor sumido, igual que a una querida lo abrazaba.

No quiero equivocarme si aseguro, que Bermejo ingresó como trombón, y aunque delgado, de cara recogida, de tal forma soplaban sus mejillas, que más que soplo parecía un ciclón. Sendos trombones pistoneaban juntos, Fermín y “Cañosucio”, en competencia, más si el segundo cometía algún fallo, el primero, de reajo, como un gallo, le miraba como signo de advertencia.

Manolo con Chan Rios, cual maestros, embocaban sus onoves armoniosos; los dos muy duchos, de atención constante, ocupaban una cuerda muy importante, de aquella Banda nutrida de colosos.

Epifanio, sobrado de experiencia, el fliscorno tocaba en concertino, y daba



Figura 1.- Banda de música de Tarifa. Años 30

tal sonido a su instrumento, que sus notas vibrantes por su aliento, se escuchaban en la sala del Casino.

Claudio Gurrea tocaba la trompeta, a la que daba singular sonido; en media tesitura se extasiaba, y en los agudos su rostro se alteraba, en gloria de clarines consumido.

A su lado “Chiquito” le hacía dúo, con tal fuerza que Acuña la frenaba, pero el labio potente que tenía, tocar piano a veces no podía, a pesar de que mucho lo intentaba.

Era Alonso de Arcos corpulento, que el saxofón soprano manejaba, y al melodiar, cambiando de estatura, nadie pudo jamás medir su altura, pues tan pronto subía como bajaba. Un saxo en mi bemol tocaba “el Momo”, que entre respingos de ave perseguida, mordiendo a la boquilla se ensañaba, y otro instrumento igual lo manejaba.

Eulogio, serio, con su faz erguida, había otro saxofón, potente y grave, que Rocha al manejarlo se empinaba; pródigo en llaves era su tormento, pero él, habilidoso y con talento, a aquel cacharro, glorioso dominaba.

Dejando atrás la cuerda ya citada, pasemos al requinto del conjunto, que era Chan Franco con dotes placenteras, y que en “Pepita Creus” siempre era, el que daba con gracia el contrapunto, y siguiendo que la caña o la madera, diez cla-

rinetes nutrían la melodía; uno era principal, cuatro primeros, dos tocando de segundo y tres terceros, que un buen tercio de la Banda componían.

Don Anadón González era un maestro, que el clarinete principal tocaba, y cuando a veces la Banda se “perdía”, metiendo caña de nuevo nos reunía, y aquí el maestro Acuña sosegaba.

Cual veterano, el señor Benítez, tocaba el instrumento a su manera; la boquilla al revés mordía con saña, pero aún así, se daba mucha maña, que heredara de la Banda Manzanera.

Otro primero tocaba el clarinete; Antonio Quiles, solista que fué un día, y que olvidando la llave de la octava, hizo un solo de bajo en La Calzada mientras que el director se enfurecía.

Troyano, fino, con su “trece llaves”, al papel musical lo deglutía, y en sus afa-nes de un mirar constante, las notas que tenía por delante, a su manera, exacto transmitía.

Chan Núñez se sumía en las emociones, mirando hacia el atril, poco lontano, y sus dedos en flexo mecanismo, mientras su boca soplaba en un mutismo, era un juguete el ébano en sus manos.

Calvente, muy nervioso se agachaba, para impulsar el aire al instrumento, y mientras que la pieza ejecutaba, su cuerpo en cortosiones se agitaba, en un constante y perenne movimiento.

También Juan Pérez y así Carlos Serrano, tocaban con afán y gran contento; el primero con labio muy potente, y el segundo, en todo diligente, resollaban largando mucho viento.

Estaba Mefle, de herencia muy apañado, en todos los quehaceres que emprendía; era certera su afición formada, más del pautado, por su fugaz mirada, cada cuatro compases se perdía.

El “Cuerna”, a su negro clarinete, sacaba notas del caracol marino; la gorra nunca le rozó la frente, siempre impassible y de una queja ausente, atento a no causar un desatino.

Fernando Rojas y Fernando Acuña, tocaban sendas flautas traveseras; limpio el sonido, claro e inocente, destacando los tonos más calientes, con la dulzura de notas bien certeras.

Hacia trío con las flautas de madera, ¡mi flautín!, o carrizo impertinente; ¡oh piccolo, cuán me hicistes de sufrir!, ¡yo soplaba en tu orificio hasta el morir, y al escucharme se reía la gente!.

Destacaba por más la batería, grandiosa, de una fuerza inusitada; una caja, un bombo y dos platillos, que alborotaban de gozo a los chiquillos, y a su estruendo brillaban sus miradas.

Satía la caja Aurelio, decidido, blanco su rostro y en emoción constante; a veces sus baquetas punteaban, y en otras ocasiones redoblaban, con suelto paililleo, a su talante.

“Hoyito”, que a su lado maceaba, con furia atroz al bombo resignado tenía

al maestro sumido en un suspiro, pero el bombista batiendo decidido, seguía pegando asaz despreocupado.

Ernesto completaba aquel estruendo, empuñando con fuerza los platillos, y chocando los címbalos con arte, daba estridencias que oían en todas partes, y era un gigante con cuerpo de chiquillo.

Repartía los papeles musicales, “El Tiznao”, que era un mozo servicial, y en los atriles ponía los pautados, sin confundirse jamás, por lo esmerado, en su atención al conjunto musical.

Y ya termino pensando en los ausentes, que llegaron a la Meta más segura; démos gracias a Dios los que quedamos, que sin duda, alegres recordamos, a la Banda que creó la Dictadura. ■